

CAPITULO 3

EL ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES

Madre Natura ama a sus hijos aunque ellos no la amen. Ella ama y protege aún a los más malos. Siendo la ignorancia la raíz y la causa de todos los males.



Ella se esfuerza por enseñar y aleccionar a sus hijos. A los aplicados y obedientes los premia con buena salud, mientras que a los rebeldes, Ella los castiga con enfermedades y dolores.

No me canso en repetiros, que Madre Natura ama tiernamente a sus hijos. Ama aún a los más malos y los protege afanosamente en su desgracia.

No niega su amorosa protección aun a los que la insultan, la huyen y desdeñan. Con métodos amorosos, suaves y persuasivos, les habla mediante la voz de la conciencia y el remordimiento, tratando de convencerlos a que se incorporen en su confortable regazo, es decir, al camino del recto vivir.

Pero cuando sus buenos consejos fallan, y también todos sus esfuerzos persuasivos, entonces la faz amorosa y sonriente de la Madre Natura se torna seria, dura y severa.

Sin compasión entrega a sus hijos desobedientes y rebeldes al maestro dolor, al severísimo ángel dolor, el cual, mediante suplicios duros y a veces persuasivos, sabe hacerlos llevar a una vida decente y decorosa, al ejercicio de las grandes virtudes humanas, empezando por el esforzado y honrado trabajo.

El Ángel dolor, simbolizado por la figura de un diablo simpático de rostro atrayente, agradable y siempre alegre y de maneras afables. Pero que en el fondo es perverso, malo, criminal.

Por esto se le llama Belcebú, que es el príncipe de los demonios, es decir, el más malo de los malos. Es maestro en tender trampas a los humanos, tejer finas redes como las arañas, para hacerlos caer en ellas como moscas.

Como cebo y anzuelo emplea las propias tendencias e inclinaciones de cada cual, sus propios alegres vicios, exponiéndolos a dolorosas experiencias que jamás son vengativas, sino altamente aleccionadoras e instructivas, que en el fondo son inspiradas por el más puro amor.

A sus pupilos los expone a serios peligros, a graves accidentes y calamidades sin fin, para hacerles palpar y ver los efectos de sus propios vicios y así persuadirlos de dejarlos, de odiarlos y de volver al camino del recto vivir.

Este príncipe del mal sabe deslumbrar y seducir a cada cual, aprovechándose de los propios gustos e inclinaciones arraigadas en su corazón.

Así, algunos pupilos caen mejor en su trampa poniendo en ella deslumbrantes riquezas, el brillo del oro o la plata.

En fantásticos castillos con lujosas servidumbres; otros, en cambio, caen mas fácilmente tentándolos con el poder, el mando, la celebridad, el lujo, títulos nobiliarios, la fama, la gloria...

Cegados ante tan espléndidos halagos, tanto brillo, belleza y gloria, pronto se enredan en las telarañas tendidas por Satanás.



A otros los tienta Satanás con bellas damas, orgías amorosas, deleites del opio, del juego y carreras...

Entonces, ya enredados les deja gozar un corto tiempo con toda su plenitud en sus desenfrenos naturales.

Pero, cuando llegan al colmo sus deleites, Satanás los deja caer en lo más hondo de los abismos.

Les quita todo lo que les halaga, riquezas, oro, plata, castillos, lujo, fama, mujeres y hasta la salud, haciéndolos rodar cuesta abajo, de tumbo en tumbo, hasta los abismos de la más espantosa depravación moral...

A la fornicación, embriaguez, vicio del opio, juego de azar, vida disoluta del holgazán, para finalmente caer como basuras y desechos sociales, en hospitales, hospicios, manicomios y presidios.

Tantos vicios han envenenado sus organismos convirtiéndolos en piltrafas humanas. Sus cuerpos están llenos de abominables suciedades a causa de las drogas calmantes.

Sus órganos digestivos están sucios con grandes acumulaciones de alimentos indigestos, convertidos en basurales en los que pululan gusanos, lombrices y una infinidad de microorganismos* infecciones causantes de muchas enfermedades como el cáncer* y la gangrena, que degeneran en lepra.



Sus evacuaciones son irregulares con nauseabundo olor. Esta suciedad coagulada sangre convirtiéndola en una especie de grasa negra, espesa, hedionda, como el agua detenida y podrida de un pantano.

La sangre inmunda dispersa sus venenos e inmundicias por todo el organismo, infectándolo íntegramente; las carnes, los huesos, nervios, venas y los órganos más nobles que empiezan a fallar.

Los huesos pierden su solidez, se tornan frágiles, nudosos, quebradizos. Su respiración se hace difícil, se ahogan frecuentemente.

Es que sus pulmones están perforados y ya no respiran normalmente. Dentro de sus entrañas todo huele mal, lo que se manifiesta en una deficiente respiración y evacuación.

Sus ojos se tornan turbios, vidriosos, sin vida ni brillo; finalmente se apagan, sobreviniendo una ceguera parcial o aún total. Tampoco el oído funciona correctamente, ya que el pus invade esa delicada cavidad.

Finalmente se ponen completamente sordos. Por la misma causa y pierden la capacidad del olfato.

¿Qué nos enseñó Cristo para que lo anterior no ocurra?

www.magnumastron.org

HOME

SIGUIENTE 